

LIBROS

Dos ambientes consecutivos, dos empeños de distinta fortuna

Carlos II nació en el viejo Alcázar de Madrid el 6 de noviembre de 1661, muriendo en el mismo palacio casi treinta y nueve años más tarde, el 1 de noviembre de 1700. Producto, según se dijo, de la última cópula lograda por su padre, Felipe IV, con su esposa, Mariana de Austria, Carlos II constituía un símbolo laconico para un Imperio hecho jirones. Con él se agotaba la dinastía que había gobernado España durante doscientos años. Por eso era importante que su matrimonio

como queda expresado en esta anónima copla, tan expresiva como cruel:

Parid, bella flor de lis,
en aflicción tan extraña;
si paris, paris a España;
si no paris, a París.

Pero no paría. Esto, unido al singular desgachamiento del monarca, a sus enigmáticos parlamentos, odios y aficiones, y a las intrigas urdidas en la Corte entre austriacos, por un lado, y donjuanistas por el otro, produjo una turbadora explicación de los hechos: el monarca estaba hechizado.

Frente a estos materiales, Ramón J. Sender ha pretendido recrear una peculiar situación de la Historia de España. *Carolus Rex* (1) es el resultado de su empeño. Y el retrato conseguido no pasa de ser una instantánea congelada. La superficie de los hechos históricos se presenta en su aspecto más romo, más plano; el ambiente se expresa de la forma menos convincente. De hecho, el hechizo que sufre

Labrador. Todo esto nos es presentado con una gran indecisión —con un cierto recelo a la penetración, al buceo—, con un esquematismo de manual y con un tono fatalmente grisáceo. No se trata de servir agua destilada, sino de investigar la ciénaga. Por eso, *Carolus Rex* resulta un ejercicio falto de fuste, nunca a la altura de otras narraciones de Sender.

* * *

Al morir Carlos II, su testamento otorga el trono de España a Felipe V, nieto de Luis XIV, con quien se inicia una nueva dinastía. Y justamente la llegada del nuevo Rey a España, en 1700, es el período que escoge Corpus Barga para situar una de las novelas históricas más regocijantes y singulares que uno ha leído: *Hechizo de la triste marquesa* (2). Se trata en este caso de los amores entre doña Sol —dama de la aristocracia castellana— y el marqués de la Hondonada —supuesto morisco—. El padre de la dama no está dispuesto a que los

interpretación de sus circunstancias históricas. Para eso sitúa dos ordenamientos básicos: el de la aristocracia y el de la servidumbre, sujetos a una mutua interdependencia, iluminándolos desde un punto de vista insólito, el de la marginación, no social, sino histórica. Se sabe que una de las más importantes escuelas de brujería españolas fue la de Toledo. Pues bien, un nigromante de esta escuela interviene inopinadamente en la acción de la novela para esclarecer, de manera fascinante, los extraños laberintos y subterráneos de la relación doña Sol-marqués de la Hondonada, a la luz de la interpretación pitagórica. Esto es el esperpento.

Corpus Barga ha concitado voluntariamente las sombras y crujidos de un período histórico a la búsqueda de una iluminación, de un instante epifánico en el que las presencias soterradas se perfilen, las sombras adquieran un grosor y los crujidos un ritmo. Pues, como decía Trilling: «El concepto (de epifanía) nos indica que el hecho humano no domina nuestra existencia, ya que, a fin de que algo aparezca, es preciso que antes dicho algo esté escondido». De aquí que, con respecto a las superficies de las relaciones presentadas, la imagen del nigromante se nos aparezca como transgresión iluminadora de toda una serie de ordenamientos: religiosos, filosóficos, morales, históricos, sociales.

A lo largo de la novela de Barga, de cuidado lenguaje y técnica elaborada, se trasluce la profunda influencia ejercida por Valle-Inclán sobre el autor, así como el conocimiento por parte de éste de la verídica secuencia vital de la Historia de España, en sus más oscurecidos recovecos.

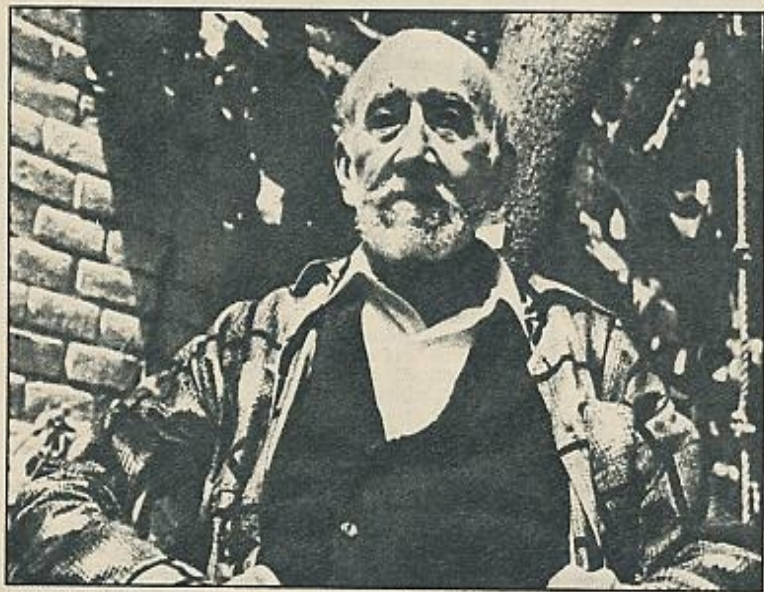
Quedan por señalar, finalmente, los homenajes de Barga hacia autores que le son específicamente entrañables, entre ellos (por citar uno) Francisco Delicado, de cuya *Lozana andaluza* se transcriben literalmente unas cinco líneas, procedentes del conocido catálogo de ramerías que aparece en el Mamotreto XX de la obra citada. ■ EDUARDO CHAMORRO.

Un premio para un argentino

La propaganda editorial de «En Vida», novela del argentino Haroldo Conti, ganador del Premio Barral de Noviembre 1971, advierte al posible

comprador que, por una vez, se trata de «un premio perfectamente claro». La historia que muchos recuerdan, sin embargo, dice otra cosa. Algo así. El día que se fallaba el debatido premio, alguien, con poderes para ello seguramente, se presentó en casa de María Luz Melcón, joven, inédita, asturiana y, a pesar de todo, finalista del concurso. Aquel parainfo puso en manos de María Luz, simbólicamente claro, el laurel del triunfo, y se la llevó a Barcelona como a una sabina, con la prisa de quien tenía que llegar antes de que acabara la cena literaria. Lo que pasó luego en Barcelona lo contó con su ingenio habitual en estas páginas nuestro compañero Vázquez Montalbán. Nada se ha sabido desde entonces de la obra preterida, salvo el rumor fidedigno de que anda empantanada en el piélagos censor. Acabamos de conocer, en cambio, la ganadora «En Vida» de Haroldo Conti (Barral Editores, Hispánica Nova, 1971).

«En Vida» no va a dar mucho prestigio al premio que la promociona. Es una novela desvalida, sin perfiles claros, que va metiendo al lector penosamente en un mundo de sombras más o menos verosímiles, pero siempre huidizas. Uno tras otro desfilan como fantasmas unos personajes desdibujados a conciencia y que no pasan de apuntes vagamente naturalistas de una acción nunca definida del todo, aburrida a ratos, casi siempre irrelevante. Puede que esa sea la intención del autor, pero lo cierto es que ha conseguido una excesiva sensación de provisionalidad tanto en la construcción de los personajes como en el indeciso pespunteado que conduce el desarrollo del argumento. «En Vida» es uno de esos aguafuertes híbridos en que el naturalismo extravagante aparece sus vulgaridades con un lirismo provocado e ineficaz, resuelto casi siempre en los intersticios de la prosa como la cola entre las junturas o el jamón ilusorio en el «sandwich». Por lo demás, Conti profesa un estilo trabajoso y desaliñado, que sabe resolver a veces las dificultades con energía, pero que no convencerá ni a un bachiller. Bachillerescas resultan a estas alturas las inevitables recurrencias pop-art, las repeticiones de motivos, los «collages» de intención impresionista, las fugas temáticas apoyadas en una óptica deliberadamente nebulosa, la también deliberada alusión del argumento. A veces la narración se desuelga en saltitos mortales que recuerdan demasiado la



CORPUS BARGA

con María Luisa de Orleans, sobrina de Luis XIV y bisneta de Felipe II, diera un rápido fruto.

Pero la cosa se retardaba y, al parecer, no por falta de entusiasmo por parte del monarca en el ejercicio de sus deberes maritales. La esperanza puesta en la virilidad del monarca era de tal jaez que las murmuraciones callejeras sólo reconocían como culpabilidad hipotética de la tardanza la de la Reina consorte,

el monarca no es sino la expresión sublimada (o degradada) de la intriga cortesana; más concretamente, del contubernio entre el cardenal Portocarrero y la Reina madre, doña Mariana. Por otro lado, se da el lúgubre recuerdo, que gravita sobre Carlos II, de su negativa a besar a su padre en su lecho de muerte y junto a la momia de San Isidro

amores lleguen a buen fin, pues, en realidad, el matrimonio que trama para su hija constituye el eslabón de una intriga cortesana. De nuevo aparece Portocarrero moviendo (o intentándolo) determinados hilos de la trama. Con estos elementos, Barga va a trazar un fresco de la sociedad española de finales del siglo XVII, insinuando una in-

(1) *Carolus Rex*. Ramón J. Sender. Ediciones Destino. 1971.

(2) *Hechizo de la triste marquesa*. Corpus Barga. Editorial Seix Barral. 1971.